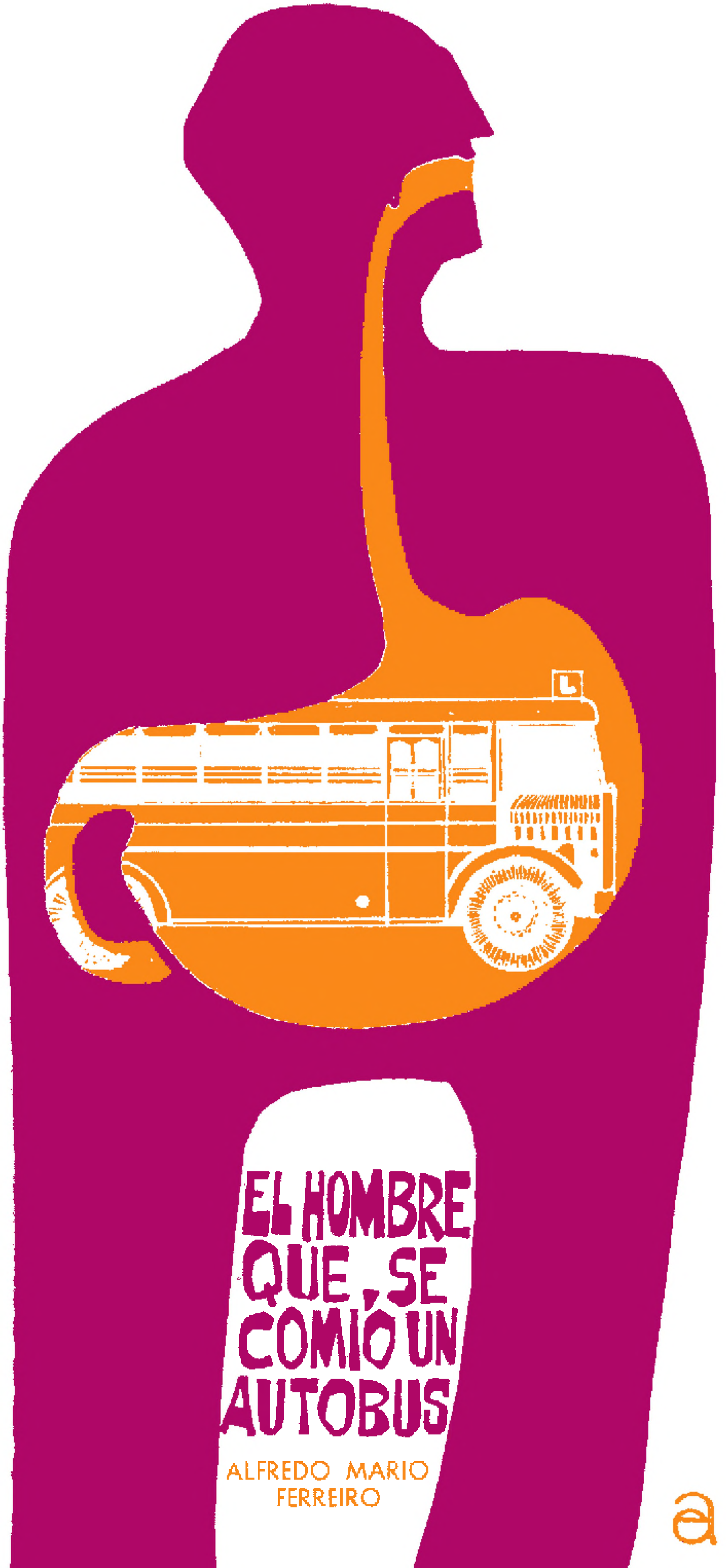

EL HOMBRE
QUE SE
COMIÓ UN
AUTOBUS
ALFREDO MARIO
FERREIRO

EL HOMBRE QUE SE COMIO UN AUTOBUS

(Poemas con olor a nafta)

ALFREDO MARIO FERREIRO

Paragolpes delantero y faro piloto

Un bloc de cemento armado, un cuadrado de asfalto calentado por los neumáticos, una extensión de rieles castigada por las ruedas de fierro, y en el cruce geométrico de todas estas potencias mecánicas vibra y se levanta la calidad lírica de Alfredo Ferreiro. Una especie de soltura deportiva hecha de agilidad, despreocupación y arranque eléctrico; una sonrisa de hombre que está de vuelta; un dinamismo orgánico, inagotable y flagelante, todo eso se ha fundido para perfilar la marca poética de Ferreiro. Temple fuerte de armazón de acero con llanta de goma; poesía de la energética y del hormigueo urbano; vibración afinada que circula dentro de las estrofas y toques de humorismo que salta derecho con el klacson, esos son los rasgos vitales de EL HOMBRE QUE SE COMIO UN AUTOBUS.

Alfredo anda por la calle y todo lo repara, lo desintegra y lo ordena según el sistema que él prefiere, como si el mundo que lo rodea fuera una maquinaria antigualla y dormida que precisara tornillos, bielas y movimiento.

Cuando habla, su palabra tiene tal agilidad que cuesta trabajo saber a donde llega. Su conversación se arquea de tal modo y hace virajes tan rápidos que marea al que no tenga el hábito de la velocidad. Una ocurrencia de Ferreiro hace tanto viento al correr que puede quitar todo el polvo de una vitrina y voltear los sombreros de los hombres que se acercan a mirarla.

Alfredo es alto y estirado como una chimenea, tiene la espalda recta y dos cicatrices que le cortan la cara. El gesto se le escapa de las manos para alcanzar no sé qué bestia mecánica que rueda en un cuestabajo.

Pero la broma de Ferreiro tiene buen andar. Un acuerdo perfecto del chassis, los elásticos y el pavimento la hace deslizar con acabada gentileza sin que las frenadas y contramarchas hagan perder su línea de desplazamiento.

Pocas veces se puede encontrar una correspondencia tan aguda entre el dinamismo interno y vital de una conciencia y la movilidad mecánica y resonante de lo que la rodea. La intimidad lírica de este poeta se toca con la ferocidad automática de la urbe y crea, por disposición milagrera, una zona única por donde corre, desatado, un autobús y por donde suben el entendimiento estético, la ligereza mental y la curva aceleradora. Alfredo Ferreiro y el medio frenético y cambiante que lo envuelve para mecerlo forma una integración, de tal modo el vaivén nervioso del poeta refleja la andanza de las calles y reproduce el ritmo civilizado de un motor a explosión.

Con una previsión polilateral que le hace adivinar todos los matices de la trepidación lejana; con una antenación segura y registradora que le hace percibir la pulsación íntima de los rodajes y

del hormigón, Alfredo Ferreiro anda por el mundo, optimista y risueño, seguro de conocer todas las piezas y todos los resortes de la creación. El campo y la ciudad, la lluvia y el buen tiempo, el sol y los faros todo es desarmado y desquiciado por el ingenio mecánico de este poeta.

EL HOMBRE QUE SE COMIO UN AUTOBUS es un libro de humorismo, de poesía y de movimiento. Su autor es un poeta que corre muy ligero y que no choca nunca. El brillo insolente de sus paradojas causa el horror de las lechuzas, de las beatas y de los empresarios de exhibiciones.

Ferreiro, civilizado y hedonista de especie nueva, conoce la delectación de la vida moderna. El camión, la moto, el Packard, el charleston con hélice de aeroplano, la Ortofónica, la radio, el ajedrez aplastado por un jazz, la máquina de escribir debajo de un ventilador y un elefante de marfil, made in Japan, son pequeños juegos que le alargan el paso y le prolongan la sonrisa.

GERVASIO GUILLOT MUÑOZ.

EXPRESO

Chuchú querida:

Te regalo este libro. En su vibración está mi vibración.

Tú y yo somos a semejanza de los motores maravillosos; no rateamos jamás. Nunca se nos ha visto en panne. Nuestro amor victorioso, —acelerado a fondo—, recorre la carretera de la dicha, pese a los baches que, a propósito, cavan manos y almas enemigas.

Con los faros encendidos —alegría de luz en las tinieblas— nuestro motor de amor puro arrastra la carroserie de la ilusión.

Y allá vamos, con el ímpetu de un Packard, la sonoridad de una Ortofónica y la constancia de un Ford.

Tuyísimo, Alfredo.

Radiador

POEMA SIN OBSTACULOS DÉL TRANSITO LIGERO

VOITURETTE,
LIMOUSINE,
DOBLE-PHAETON,
UN CAMION,
20 TAXIS
8 MOTOS,
2 TRANVIAS,
AUTOBUS.
Agente de tránsito
Todo en paz.

---

10 bicicletas	B C S C K
15 autobuses	O A I O L
10 camiones	C M R R A
6 tranvías	I P E N S
20 motos	N A N E O
40 taxis	A N A T N
———	S A S A E
101 vehículos	S S S

El agente,
con una elegante vuelta de mano,
abre la canilla del tránsito.

TURBION DESLUSTRADO — REFLEJOS — RUIDO
Motores — motores —
Bocinazos, cornetazos, campanazos,
Gritos, polvo, golpazos.

Las ventanas de los edificios
miran espantadas hacia arriba,
implorando paz.

NEGOCIOS

Los timbres del teléfono
se rascan con la campanilla
y tienen cosquillas de risa.
Las alfombras de las oficinas
digieren el ruido de los pasos febricitantes,
las corridas locas de los empleados de la Bolsa.
La cinta del telégrafo, —
serpiente blanca de anemia—,
se desenrolla con desgano.

Un taxímetro descarga un hombre.
Este hombre paga, de golpe, $ 100.000.
El edificio entero se conmueve con el pago.
Salta una llave.
Cae un mensajero por el conmutador.

El mensajero sale disparando.

Por la calle, ante el asombro cuadrado

de las ventanas alineadas
en los muros inacabables,
andan vagando los títulos agresivos
de los periódicos.

El trigo bajó 2 puntos.
El algodón está a la par.
Subió el franco.
Bajó la lira.

El sol se ríe con carcajadas amarillas
de todo esto.

LOS AMORES MONSTRUOSOS

El autobús desea con todo su árbol y todo su diferencial, a la linda voiturette de armoniosas líneas.

Poco a poco logra acercarse a su lado para arrullarla con la moderación del motor poderoso.

La voiturette, espantada por aquel estruendo, pega un legítimo salto de hembra elástica y huye.

De lejos, le hace adiós con el pañuelito azul del escape.

El autobús la persigue de inmediato. En su atontamiento de paquidermo rijoso apenas salva los obstáculos del nervioso y minúsculo tránsito callejero.

Persecución grotesca. Lo monstruoso detrás de lo alado.

El autobús se devora a la linda voiturette con los ojos de todas sus ventanillas temblorosas.

La voiturette se despereza con los brazos alargados de la velocidad.

De repente, se detiene junto al cordón de la vereda. Hembra, al fin y al cabo, se ha emocionado con la persecución empeñosa del autobús.

El autobús la ve detenida. Se le allega todo sudoroso; cayéndosele la baba hirviente por el tapón del radiador; todos los vidrios conmovidos; los guardabarros temblorosos; los ojos de los faros desorbitados.

Va a detenerse. Pero, —exigencias del trabajo—, el embrague le hace seguir de largo. ¡Lo normal! El autobús es para trabajar y no para enamorar voiturettes por las calles.

Entonces el pobre monstruo padece angustia rabiosa. Una rabia que se condensa en dos miradas de odio rojo que larga por los faroles posteriores.

RADIOTELEFONIA
(POEMA PERIFONICO)

Mi tímpano es una paralela de alambre.
Está tendido en la azotea,
en un cepo de palos.

Siento con él la voz de todo el mundo.
El mundo canta para mí.
Yo soy un poderoso soberano
que borro los cantantes,
disperso las orquestas,
o hago leer las "últimas horas"
con un golpe de dial.

Las lamparitas se ríen con luz blanca
de los chistes de un monólogo.

Estoy en mi aposento. (2 X 2)
Y soy el vértice de todas
las actividades sonoras.

Mi tímpano está allá arriba.
Es una hamaca paraguaya.
que se balancea en el aire.

Velocidades espantosas
me traen las palabras.

Un tísico me habla desde el Brasil.

La Tierra gira entre las ondas
con un estremecimiento de espanto.

EL BALLET DEL AGENTE DE TRANSITO

A mitad de calzada, en medio del asfalto azulado,
junto a los tranvías que charlestonean
en los cruces,
junto a los autobuses abandoneonados
que se estiran o se achican
para caber entre los autos;
frente al ojo poliédrico del peatón receloso,
baila el agente de tránsito su danza
de pito y guantes blancos.

Danza con música de campanas,
de mugidos,
de cornetas,
de alaridos,
de sirenas,
de gruñidos,
de klasones.

Danza con escenario de rascacielos,
con sabor de asfalto,
con olor a cemento recién cuajado,
pebeteros de nafta,
irradiadores de electricidad.

Bajo una paralela de miles de voltios,
bajo el cuchicheo metálico de los trolleys.
frente al estampido callejero,
baila que te baila está el agente.

Referee inapelable
de un partido de football
que se está jugando
en su imaginación.

Los autos le ladran
con ladridos de klason;
mas, cuando le ven levantar los brazos,
se quedan detenidos por el espanto.

Y le miran largamente
con los redondos ojos de los faros
llenos de lágrimas de reflejos.

LA RONDA DE LOS PALOS

Tomados de la mano,
en ronda interminable,
por sobre las ciudades y los campos,
los postes telefónicos
danzan
la esquelética danza del zumbido.

Agitados,
largándose tirones
con los dedos metálicos y largos
por sobre las ciudades y los campos,
en ronda interminable,
los palos del teléfono
danzan su baile.

Bajo un cielo anguloso,
sacudiendo collares de aisladores,
empinándose sobre la estrechez de la base,
los postes telefónicos,
tomados por lo alto de las manos,
juegan al Martín Pescador con las casas.

POEMA DEL RASCACIELOS DE SALVO

El rascacielos es una jirafa de cemento armado
con la piel manchada de ventanas.

Una jirafa un poco aburrida
porque no han brotado palmeras de 100 metros.

Una jirafa empantanada en Andes y 18,
incapaz de cruzar la calle,
por miedo de que los autos
se le metan entre las patas y le hagan caer.

¡Qué idea de reposo daría un rascacielos
acostado en el suelo!

Con casi todas las ventanas
mirando cara al cielo.
Y desangrándose por las tuberías
del agua caliente
y de la refrigeración.

El rascacielos de Salvo
es la jirafa de cemento
que completa el zoológico edificio
de Montevideo.

LOS GUINCHES AMABLES

Cuando duermen los barcos
las linternas de abordo se hamacan
en las cuerdas.

Se hamacan y se hamacan
destellando en el agua
su alegría de luz.

Alegría que perfora el agua
y la hace sangrar luz verde
o luz roja.

Los guinches, paquidermos cansados
del circo de los puertos,
miran con sus ojos de rueda
jugar a las linternas.

Cuando me voy del puerto,
el brazo descarnado de un guinche
por encima de las casas,
me hace adiós.

LAS BOYAS

Las boyas son estrellas que se están bañando
con mamelucos de hierro muy descotados.

Asoman las cabezas luminosas por detrás del horizonte y le guiñan
al puerto cuando se les acerca un barco.

Para matar el aburrimiento del baño prolongado
charlan entre ellas con palabras luminosas.

O se codean con luces.

El faro, siempre erecto sobre la costa arrugada,
al divisar las boyas lanza suspiros de luz blanca.

HEROISMO DEL MARINERO QUE SE DESPEREZA

Los muelles están enamorados del agua.
Los barracones, echados en el suelo,
se guardan las mercaderías,
como si fueran a empollarlas.

Los barcos, muy cansados,
se apoyan con la borda en los malecones
y cierran los ojos de las escotillas
para no ver más el mar.

El marinero,
trae música de tifones
arrollada en las piernas.

El marinero,
trae charleston de temporal
adherido a los pies.

Olfatea la tierra.
Se lanza a la planchada.
¡Qué dureza de suelo tan quieto!
¡La tierra no se balancea!

Y el marinero da dos o tres pasos,
abre las piernas;
lo absurdo: tiene miedo de caerse.

Hay, para él
el temporal de lo firme.
El huracán de la dureza.
El ciclón de lo petrificado.

Estira el marinero las piernas
y echa a andar.

El barco da un quejido
y le saluda, imperceptiblemente,
con una oscilación del cable de amarre.

EL DOLOR DE SER FORD

¡Qué dolor debe dar
ser siempre Ford!

Ser Ford...
Y no ser un alado Packard,
un soberbio Lincoln,
un trompudo Renault,
o un ancho Cadillac.

Ser Ford,
ser siempre hojalata.

Y que todos digan:
—Ahí va un Ford.
Como quien dice:
—Ahí va un cualquiera.

¡Y saber en lo íntimo
de las bujías y del carburador,
que se es automóvil como los otros autos,
y, a lo mejor, mejor..!

Qué dolor da ser hombre
como los otros hombres
y ser además, bueno,
y que todos nos crean un cualquiera
juzgando por la apariencia externa.

¡Qué dolor debe tener el pobre Ford!
Que anda como con vergüenza por las calles
atontado por las sonrisas de klason
de los autos petulantes
que sólo valen por la pintura de afuera.

BARCOS

Barcos: flores del mar.

Flores con pétalos de banderas
y perfume de todos los puertos.

Mar: boscaje de olas.
Olas: ramas blancas
de la selva horizontal de los mares.

Barcos: flores abiertas
en la punta del vaivén blanco y eterno.

Barcos de todas partes; barcos que deben haber recibido una invitación para venir a dormir en este puerto.

Banderas que se saludan con tirones de viento.

Banderas que tratan de hacer saludar a los mástiles mal educados, pedantes, tiesos.

Hélices que vinieron mordiendo con furia las aguas de todos los mares.

Hélices rencorosas, mujeres a cuatro palas, insaciables en su odio, que todavía seguirán mordiendo al pobre mar.

El mar: millones de veces tajado por las proas, millones de veces desgarrado por las hélices vertiginosas y voraces y millones de veces vendado y cicatrizado por la Cruz Roja de la espuma caritativa de las olas.

Barcos de todos los tamaños, con todas las banderas, con todos los olores, con hombres de todas partes. Barcos: casas marinas. Casas que se han ido a vivir lejos de la tierra.

El mar da flores de barco
para engalanar los ojales de amarre
de los puertos tristes.

CASAS VIEJAS

La rueda de comadres de las casas viejas
se celebra de noche;
cuando todos duermen.

Cuando las casas jóvenes,
cansadas del ajetreo del día,
se han quedado dormidas
con los párpados metálicos bajos.

Las casas viejas, comadres del barrio,
charlan de estas cosas de ahora.
Critican los bow windows
los pozos de luz,
el cemento,
los ascensores,
la calefacción.

Ellas se hacían la toilette
con pintura al aceite.
Odio de las casas viejas
para las casas nuevas.

Odio de la señora 1870
para la señorita 1927.

El transatlántico, harto de mar,
entra al puerto.
Ha padecido sed de amor.
Recto ha venido
por el ancho camino del mar.
Cuando la lanchita a nafta
le ve entrar,
y casi echársele encima,
larga un aullido de hembra.

Un espantoso aullido
que está en los oídos de todos los que vamos a los puertos.

Sale la lanchita mar afuera.
Presurosa, poniéndose un delantal
de espumas.
Y desde allá, por encima de las escolleras,
mira con desconfianza al transatlántico.

Cuando le ve amarrado,
impotente,
apretado con cuerdas y cadenas,
entra de nuevo a las dársenas
y se le restrega casi amorosa;
tal como hacen las mujeres pérfidas con los hombres buenos.

Carburador

LA BALADA DE LOS FRENOS

Quiero cantarle al freno,
la garra del presente,
verdugo de la rueda,
enemigo perenne de todo movimiento.

Quiero cantarle al freno
que estrangula las ruedas,
hace gemir los ejes,
detiene los volantes,
paraliza la marcha.

Quiero darle mi canto
al freno que hace como los gatos:
en cuanto ve moverse algo
le larga un poderoso zarpazo.

Frenos: que hacen sudar aceite
a los ejes.
Frenos: que están acurrucados
mirando el movimiento,
como están los tiranos mirando cómo al pueblo
puede paralizársele con un solo gesto.
Frenos de automóvil: amigos cordiales
del peatón indefenso.
Los únicos amigos del hombre
sobre la máquina moderna.

TREN EN MARCHA

Toto-tócoto
trán trán.
Toco-tócoto
trán-trán.
Recatrácata, paf-paf.

Chucuchúcuchu
Chás-chás,
chucuchúcuchu
cháschás.
Tacatrácata, chuchú
tracatrácata, chúschú.

Chucuchúcuchu
chás-chás,
racatrácata, paf-paf.

Búúúúúúúúúúúúúúúúúúúúúúúúúúú

Chiquichíquichiquichi
chiquichíquichiquichi
chiquichíquichiquichi
chiquichíquichiquichi...

ESTACION REDUCTO

Olor a pic-nic
Sensación de feria.
Público indeciso.
Gentes que miran la hora en los números de los tranvías.
Fotógrafos ambulantes.
Cansancio de vagones.
Empedrado arisco.
Veredas sucias.
Relojes lentos.
Cuesta.
Muchachas ingenuas que leen "Tit-Bits".

BUENOS AIRES

¡Buenos Aires! La Boca
bostezo por los puentes
con un bostezo negro.

Retiro está aturdido
por el Central-Pacífico.

La Avenida de Mayo le presta a Rivadavia
y a Victoria
los coches de tranvía para que se entretengan.
Florida saca mujeres de todos los portales
y autos de lujo de todos los escaparates.

En los diques, los barcos
juegan gatas paridas.

Los martillos no cesan
de calafatear.
Rechinan las cadenas, se agitan los pañuelos,
los taxis van sudando gotas de aceite negro;
un guinche manotea un montón de cajones
que acaba de llegar.

Por las calles, el hambre disfrazada de dandy
engrupe con quinielas o roba por sport;
Buenos Aires se viste con un traje de estruendo
y de noche se pone una máscara negra
que a pedazos le arranca al otro día el sol.

Los negocios aturden el centro de la city.
Corren los automóviles con sin igual afán.

En Buenos Aires se vive de cualquier cosa
pero más se vive de cueros, de vacas y de pan.

El Congreso se ve de toda la ciudad.
Hay un problema mental
cuya solución está pegada en todas las esquinas.
Un problema cuyo resultado es
un arábigo 43.

Hay una palabra que se trepa a todas las azoteas,
una palabra que gotea
reclamos con una insistencia feroz.
Hablo del "Cinzano" el rey de los vermouths,
cínicamente llamado sin alcohol.

Los Bancos se devoran a casi todos los peatones.
En medio de las calles, al resto de la gente
se lo devoran los camiones.
Entra el hombre en las calles
para domar vehículos.
Con látigos restallantes
de miradas oblícuas
los hace desviar, detener,
avanzar, retroceder,
sonar.
A rebencazos limpios
de miradas tremendas
los hombres bajan a las calles
para domar las bestias del tránsito.

¡Es claro! De repente salta un ágil zarpazo
y al pobre domador lo extraen de abajo
de un pesado autobús
que le ha zapateado en la barriga
dejándolo estirado, con los brazos en cruz.

Las casas de empeño
hacen promisoras guiñadas.
Y a montones
van cayendo en ellas los peatones.
Lavalle, Libertad, calles del "¿qui mi cointas?"
calles donde Lajandros te despoja del saco
y te ofrece unas guitas por el par de botines.

En los diques los barcos
juegan gatas paridas.
Y del pujo contínuo
paren remolcadores
unidos a los enormes transatlánticos
por un cordón umbilical de acero.

¡Buenos Aires! Nueva York en pequeño.
Con aires de París y aires de Turkestán.
¡Buenos Aires! Una ciudad con 2.000.000 de habitantes
donde todos los milagros del vicio ya están.

Una ciudad abombada por el ruido contínuo,
con unos hombres grises y un cielo entrecolor;
con unas chimeneas hartas de tanto humo,
unos taxis cansados de las calles tan largas,
y unos "chorros" de estirpe, gloria de la Nación.

¡Buenos Aires! Una ciudad gigante
casi toda en cemento.
Una ciudad que momento tras momento
no se parece a la ciudad de antes.

POEMA DE LOS TROLLEYS PRENSADOS

Este es el poema de los trolleys prensados
por el peso absoluto de los hilos de cobre.
Este es el poema de los trolleys que de repente
alzan los brazos en un ¡Aláh! impensado,
alzan los brazos en un ¡Aláh! impotente.

Poema de dolores, este verso destila
todo el odio que siento por las dos compañías
de tranvías.
Públicas martirizadoras
de los trolleys.

Poema de los trolleys
que van dando chispitas
de ingenio eléctrico.
Brazos descarnados
que cuelgan el tranvía
de un hilo.

¡Los trolleys aplastados
por el hilo insolente!
Los trolleys se han quejado
con un gesto imponente.

Alzándose de brazos
va la protesta negra de los trolleys a darle
bofetadas al cielo con la rueda sonora
de cobre reluciente.
Esta es la protesta de los trolleys cansados
y esta es una protesta elocuente.

Trolleys: guinches en proyecto,
que apenas si levantan
la humanidad del guarda.
Trolleys, astas enlutadas
para una bandera azul-eléctrico.
Este es mi poema de los trolleys sonoros
que ponen en movimiento a los tranvías
y hacen lanzar reflejos azules a las vías.

Este es el sonoro poema de los trolleys,
falos de los tranvías,
falos encabritados,
en erección de golpe,
como deseando abrir de par en par
las ventanas cerradas,
remedo arquitectónico de la virginidad.

Y ES ESTE EL POEMA DE LA MUJER BONITA

Este es el poema de la mujer bonita.
De la mujer que sabe pintarse
Y hacer una sonrisa
Este es el poema de la mujer graciosa
Como una voiturette "Packard"
Cantemos la mujer
Que es a semejanza del automóvil nuevo
Nerviosa y restallante
Cantemos la mujer
Esbelta al igual de las chimeneas

De las fábricas poderosas
Cantemos la mujer
Sensible como las antenas
De radio
Cantemos la mujer
Despierta lo mismo que un arranque eléctrico
Cantemos la mujer
Encarnación sutilísima
De una mecánica humana
Mujer gloria del mundo
Voiturette de la especie
Acelerador del hombre
Adorno del garage inquieto
Que es la calle
Mujer que te desnudas
Para salir de paseo
Y dices que sales a vestirte
Cantemos la mujer
Gloria de todos los Tiempos
Saetazo de sexo
Cantemos el paragolpes
Hecho con los senos
De la mujer moderna
Y cantemos sus brazos
Fiel remedo de los alados
Remos del "Boating-Club"
Cantemos foxtrots de admiración
Con la jazz-band de glóbulos rojos
De nuestra sangre caliente.

Rueda de auxilio

DIALOGO CAMPERO

Diálogo de la siesta campera
en que los molinos
contestan, de mala gana,
a la charla tremenda de la chicharra
y a las rápidas y agrias preguntas
de la roldana.

Diálogo de la siesta campera
en el que habla, la carreta
que pasa,
con un gruñido amable.

Con monosílabos,
de mala gana,
contestan los molinos
las preguntas cargosas de la roldana.

LA CUCHILLA

La cuchilla enseña su apero de lujo:
un gran recao verde,
trozos de carona dorada;
jergas de trébol;
cojinillos de ovejas que pastan.

El viento ginetea de un salto.
Y sobre el largo lomo
de la cuchilla arisca
ensaya su talero de brisas.

Los pedregales duros
son espuelas de crueldad refinada,
que muerden
los empinados flancos.

En los tientos del recao,
hechos con trenza de caminos,
van dos ranchos atados.

CAMPO ABIERTO

Estoy de cara al cielo deslumbrante;
llenos del aire azul mis dos pulmones
son los Fordson que alivian
la pesada tarea de vivir.

Se arrullan las palomas.
Una senda
le hace cosquillas rápidas al rancho.
Todo es sexual.
La extensa huella
se aferra como nunca en el camino.

Y en el medio del campo, la elegancia
del potro se encarama en una yegua.

POEMA ULTRA-RAPIDO DE LA LIEBRE ARISCA

*(A Gervasio y Alvaro Guillot Muñoz,
viejos amigos míos).*

Es un relámpago pardo
sobre una nube verde.

Son varios puntos ojalados
en el pastizal.

Es un temblor en zig-zag
y un terror en línea recta.

Es un relámpago pardo
sobre la redonda falda
de un cerro verde.

Un relámpago, cuyo trueno
estalla en la boca de mi escopeta.

A N O C H E C E R

Galopa mi caballo
frente al campo en acecho.

A veces, un mugido distante
o un aletear cercano
quiebran la honda meditación del campo.

Va llegando la noche;
y llega tan cansada
que sin dar buenas tardes
se cae como borracha.

Galopa mi caballo
frente al campo en acecho.

Lucecitas dispersas
vienen desde los ranchos
a invitarme, con una cordialidad muy gaucha,
al asado con cuero
y al cimarrón amargo.

¡El hidalgo ademán del hospedaje!
Galopa mi caballo entre las sombras.
Un silencio tremendo
galopa a mi costado
y acompaña mi viaje.

NIDO DE LUZ

Anida el sol en la bruñida
rosa del molino.
Mas, como tiene miedo
de perder su nido,
tira picotazos de luz
a las luces intrusas
que llegan al molino.

ARANDO

El arado no sabe la virtud que posee.
Cumple con su misión sublime
sin darse cuenta casi.
Así cantan los pájaros,
trabajan los arroyos,
y amanecen los días.

Cabeceando una duda
marcha tras de los bueyes
que hacen un diminuto alpinismo
por sobre los terrones
mechados de lombrices.

¡Tesoneros los bueyes
con su humito delante de las narices!

Cabeceando una duda
va el arado arando.

Pega un tirón hacia atrás de repente.
Debe haberle asaltado una idea
de huelga.

EL PUENTE

El puente es un atleta:
de un vigoroso salto
cruza el arroyo manso
con el camino a cuestas.

Dos árboles pacíficos
cuchichean la hazaña;
entre tanto, las traviesas
margaritas ríen de la proeza.

Caja de herramientas

LAVANDO NUBES

El viento está lavando las nubes.
Toma una nube negra,
la empapa en lluvia,
la retuerce en seguida,
la golpea contra el molino,
nos moja el campo,
lava el cielo,
y sale la nube blanca,
de negra que era,
para ir a colgarse
en el hilo del horizonte
a secarse.

EL ARBOL TACITURNO

El árbol tenía un letrero
que sólo los pájaros podían leer:

"Se alquilan ramas para nidos"
decían las letras
que un hombre no hubiera podido leer.

A pesar del anuncio
ningún pájaro vino
a hacer su nido
en este árbol que muere de tristeza,
gacha la cabeza,
al borde del camino.

EL PARRAL

El parral se estremece.
Tiene miedo de algo.

Los racimos se agitan;
algunos, se desgranan.

Las anchas hojas hacen
nerviosos abanicos
para dar aire al parral
que se ahoga de emoción.

Yo estoy debajo.
La luna viene a verme
filtrando por las hojas.

Los racimos parecen
la América del Sur y el Africa
foxtroteando en el aire.

JUEGO DE VELETAS

Las rígidas veletas
nunca están aburridas;
juegan con el viento a las escondidas
en la cancha abierta del aire,
del Sur hasta el Norte,
del Este al Oeste.

El viento es muy diablo;
trata de esconderse
de modo que nadie pueda delatarlo.

Pero las veletas son como los perros
¡tienen un olfato!
En cuanto el viento grita:
"¡Ya estoy escondido!"
cambiando de rumbo
lo están señalando.

ESTE ES EL POEMA DE LOS POTROS

Este es el poema de los potros salvajes
De los caballos que nunca llevaron un jinete
Este es el poema de los potros magníficos
Que sacan a pasear los abrojos en las crines
Potros
Trueno redoblado
Sobre el parche verde del campo
Potros
Pedacitos del escudo nacional
Bellaqueando como una bandera.

(El escudo es una bandera
Que se cansó de andar en el viento
Se hizo dura
Y se trepó a una moldura de fachada
Para sacar pichones).

Potros
Ola nerviosa
Que pasa por el campo
Y se rompe con estrépito
De espumas y corcovos
Contra el acantilado pensativo
De la manguera acorralada
Potros

Ciclón de caballos
Colas hasta el suelo
Crines tironeando del viento
Crines hechas pentagramas
Para una música escrita con abrojos

(Los abrojos son los únicos domadores
A los que nunca basurearon los potros).

Potros
Ojos asustados
Olor a campo abierto
Sangre en la pupila rebelde
Acre sudor de retobo
Redoble prolongado de cascos
Sobre el tambor verde del campo sonoro.

ACUARELA DE PRIMATARDE EN EL CAMPO

Bajo la sombrilla del ombú
duerme la siesta el rancho.
El sol, galgo rubio, se ha echado
a lo largo
dorando el campo verde.

El Zeppelin blanco de una nube
abate un récord de lentitud.
Al ras del suelo tiembla asustado el aire
ante la boca del sol.

Por la cuchilla, venciendo el montecito,
camina una carreta dando tumbos que no hacen ruido.
Los bueyes, cuatro manchas penosas que se estiran;
el carretero, una mancha más alta,
remeda un picador.

Un benteveo habla siempre la misma cosa.
Debe de estar haciendo
la reclame de algo.
Palidece, lejano, un puente ferroviario.
Cruza el nervio de un pájaro
rasgando el aire tibio.

De lo hondo regresa el eco de un aljibe
La roldana se queja con quejido de hembra,
en tanto que el molino se ha puesto a rezongar.

Luz de la primatarde.
Luz de campo en reposo
calcinado por una insolencia solar;
luz que el aire fecunda
haciéndola temblar.
Luz que enceguece y trepa
por la colina; mira de soslayo
al arroyo, al cerro, al tajamar.
Luz de la primatarde,
que hace silueta al monte,
resbala en la barranca y corre sin cesar.

Bajo la sombrilla del ombú
duerme la siesta el rancho,
con los ojos de sus ventanas cerrados
y entreabierta
la boca de la puerta.

RAPTO

El viento ha raptado una nube;
y la lleva en sus brazos
a toda carrera,
para refugiarse con ella
detrás del horizonte.

La raptada
es una nubecilla sonrosada.

Detrás de los que huyen
va una nube tremenda
encerrando una heroica
plenitud de tormenta.

¡Cómo dispara el viento
abrazando su presa!
¡Cómo ruge la nube
su odio de tormenta!

PLAZUELAS

Sobre las plazuelas
juega la ciudad a las muñecas.

Ha puesto una salita;
alfombra de balasto,
muchos bancos,
una estatua con tímidos
muñequitos desnudos,
una gran profusión
de plantas,
diez faroles,
y un guardián
que va de aquí para allá.

Como en medio de la calle
no se lo permite el furor del tránsito,
la ciudad se hace plazuelas
para jugar a las muñecas con los hombres.

LIGHT-HOUSE BAR

La linda muchacha me tiende sus senos por debajo de la blusa transparente.

Yo estoy cansado del mar. También estoy cansado de los senos de las mujeres públicas.

El mar me cansa más que las mujeres.

Amaso cansancio con todos los sentidos para hacerme tallarines de neurastenia.

El barco suele acunarme. Debe ser el espíritu de mi madre ignorada que viene a balancearme la cucheta. Cuando estoy a bordo, pienso cómo serán las mujeres que voy a conocer en tierra.

Y ahora, en tierra, ante la linda muchacha del Light-House-Bar, pienso en el mar elástico y sombrío.

Las mujeres de la orquesta descuartizan un foxtrot.

Un foxtrot arisco como senos de virgen.

Caen los centavos sobre un plato hueco.

Oigo la canción rusa que oí a orillas del Volga.
Oigo la canción americana que oí junto a los muelles de Nueva York, la mugrienta.

La linda muchacha del Light-House-Bar se queda persiguiendo con su uña pulida el arabesco sin fin de mi tatuaje marinero.

LOS PUERTOS TRISTES

Los barcos dicen: "no".
Se despereza un mástil con los brazos de una antena.

Un hombre, caminando, deja gotear tristeza por todos los remiendos de su traje gastado.

Se oye un chirrido.
Canta un marinero a bordo.
Una gaviota hace un hidroplano blanco.

Y un guinche descarnado, para aumentar las fuerzas, saca "Extracto de Malta" de un reclame violeta.

POCITOS

(Poema matinal)

La playa, de repente,
da flores de sombrillas.

Las carpas alineadas
largan un saludo fascista
hacia el mar.

Las olas en bandadas,
curiosidad rodante,
se vienen desde lejos
para ver qué produce
esta alegría en la costa.

Los bañistas sacan a pasear
todos los colores.

En medio de la Rambla
los faroles cansados
dejan caer los brazos de bronce
y las manos blancas
de las bombas
en una actitud de fracasados.

BRUMA

El puerto está cansado de recibir vapores.
A veces no quisiera que le llegaran más.
Se envuelve con la gasa de una niebla
y cree que los engañará.

Pero no cuenta con la insolencia de la brújula,
mujer chismosa del conventillo cardinal,
y con las cartas náuticas,
¡que lo saben todo..!

Por eso, en medio de la niebla,
tornan los barcos a entrar.

El puerto se desata su bufanda de niebla
y se queda mirando por el canal de entrada
la osadía del mar,
que le trae estos barcos
como por un prodigio.
Los barcos que el puerto no quería recibir más.

SALUDO AUREO

El viento obliga a la enana
barca del pescador
a prestarle el pañuelo
de su vela
para despedir al sol.

El mar es un asfalto
azul
que va desde la costa al astro.

La barquita enana
va saludando al sol
con cabezazos de ebrio.

El viento se aquieta.
Con un brazo largo de oro
el sol contesta
al saludo
de la barquita enana.

M A R . . .

(A Celia Rosa Magariños Usher,
que también comprende).

Mar:
eres la boca enorme que va a decirnos algo;
tu paladar es de cielo;
tu lenguaje es de oleaje
tumultuoso y soberbio;
tus mandíbulas, rocas de paciente figura;
tu garganta, la plenitud del horizonte abierto;
y, a trechos,
nos muestras tus deslustrados dientes de roca negra,
que quieren morder la arena de la costa.

Mar:
eres la boca enorme que va a contarnos algo...
Algo que todavía no te animas a decir.
Tu susurro nos quiere imponer el silencio
que necesitas para tan importante confesión.

Sólo las estrellas conocen tu secreto:
por eso parpadean y se guiñan entre ellas.
Como mujeres seguras de que nada ha de pasarles,
se ríen de ese afán, de esa estupenda cosa
que hace siglos la llevas y la traes
sobre las revueltas aguas de tu lengua potente.

Mar:
eres la boca enorme que pide la palabra
y espera, en la asamblea del mundo, algún silencio
para decirnos algo...
Algo que debe ser la misma voz de Dios.

Con tu garganta de luces,
tu paladar de cielo,
tus mandíbulas fuertes,
tus dientes de granítica piedra,
tu lengua hecha de aguas,
quieres —¡oh mar!— decirnos algo.

Desde la noche inmensa de los tiempos corridos
estás chistando a los hombres
para que hagan silencio.
Y sin embargo...
¡Aquí nos tienes, cada vez con más ruidos!

ADIOS A MI ROPERO

(A mi querido ropero de espejo,
dedico este poema).

Se han llevado el ropero de mi cuarto a otro cuarto.
Claro está que estos dramas no salen en los diarios.
Sin embargo...

¡Qué tristeza tan honda, qué manso desconsuelo,
ha dejado en mi alma la marcha del ropero!

Ocho años cabales mirándole y mirándome.
Ocho años cabales teniéndole a mi lado
cuando me desvestía, sonriendo al recuerdo

o llorando al recuerdo de lo que había hecho
de la una a las cinco de la mañana.
Y cuando despertaba,
refugiada en su espejo
mi boca bostezaba.

Ayer se lo llevaron por orden de mi madre
que entiende de esa cosa que llaman elegancia.
¡Lo pasaron a un cuarto dónde va a estar tan sólo..!

Se lo llevó un gallego, colorado de cara,
brutal y tesonero.
Con recias manos iba empujando el ropero
que no quería irse del cuarto de su apego.

En una maderita que había a ras del suelo
al gallego porfiado se le atracó el ropero.
Forcejeaba el gallego con su fuerza inaudita...
¡y nada!
aquello era, sin duda, una última cita
combinada por señas con la maderita.

Y la cama miraba, con sus cuatro perillas
de titilante bronce,
alejarse el ropero.
Las luces le corrían por todos los barrotes
como si fueran lágrimas...

El ropero crujía con un sollozo áspero.
En manos del gallego inflexible
se fue hacia el otro cuarto.
Cuando se fue del todo hubo un silencio largo...
(Se oía jadear al gallego empeñado en llevarlo).

Han pasado el ropero de mi cuarto a otro cuarto.
Estos dramas tan hondos
¡es claro! no salen en los diarios.

Sin embargo...

POEMA BREVE DE TU PARTIDA

En el medio de la línea del horizonte redondo,
era el barco una manchita que se incrustaba en el cielo...

Lentamente fuése yendo por sobre el agua azulada;
lentamente fuése yendo...
Y la distancia, agrandada
por la falsa perspectiva de las aguas y los cielos,
parecía más inmensa, más terrible y desolada.
Lentamente, lentamente por sobre el agua azulada
iba el barco caminando,
caminando, caminando...

Unas nubes asomadas en el oriente ponían
enormes picos nevados de montañas ignoradas.
Y la estela que dejaba tras de sí la embarcación
era la cinta que unía el mío a tu corazón.

Poco a poco lentamente
casi imperceptiblemente
fuése yendo por las aguas el vapor.

Como se va una esperanza, como se aleja el cansancio,
así también te ibas yendo,
te ibas yendo, te ibas yendo...

Cuando volví la cabeza a la salida del puerto,
parecía que en mi pecho un no sé qué se había muerto
Eras un punto... Un humito por encima de las aguas...

Y después el agua, el cielo...
Y después, el cielo, el agua...

Y en el medio de la línea del horizonte redondo,
era el barco una manchita que se incrustaba en el cielo...
....

LOA EN ACCION DE GRACIAS PARA MI VOITURETTE "BUICK" 13-331, MODELO 1927

Como llegué muy tarde
me la olvidé en la puerta.
Toda la noche estuvo
esperando. Despierta
debe haber olfateado
los autos que pasaron;
los vecinos tardíos
que más tarde llegaron...

Y ella estuvo solita,
con su miedo y su pena,
detenida en mi puerta.
Esperando, esperando,
esperando mi vuelta.

La encontré esta mañana
silenciosa y amable.
Me sacudió la cola
del escape, y me hizo
dos o tres explosiones
para mostrar, sin duda,
su alegría de verme.

¡Voiturette querida!
¡La única mujer constante
que conozco!

Toda la noche estuvo
detenida a mi puerta.
Yo estaba tan cansado
que me entré de inmediato,
casi sin darme cuenta.

Y ella pasó la noche
recordándome...
En seguida
de haberme visto, quiso
mostrarme su alegría,
y salió como nunca
de ligera y airosa
por las calles doradas
de esta ciudad tan mía.

ORACULO (POEMA INOCENTE QUE SE QUEDO DE A PIE)

Con mis pupilas negras
he consultado al cielo
y he consultado al árbol.

Mi pensamiento, flecha
lanzada por el arco de mis ojos,
ha preguntado algo
a lo terso del cielo
y a lo inmóvil del árbol.

Ha preguntado algo,
y espera del paisaje una contestación.
....

El cielo se ha escudado
tras una nube negra,
y las ramas del árbol
le hacen señas que no.

Poemas con olor a nafta subtituló Alfredo Mario Ferreiro esta nerviosa colección que reveló la nueva ciudad febril, moderna, mecánica, que comenzaba a ser Montevideo.

ENCICLOPEDIA 46 URUGUAYA

Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo. Diseño: Artegraf. Edición amparada en el Art. 79 de la ley Nº 13.349 (Comisión del Papel). Agosto de 1969.